

El abuelo era un hombre de rutinas. Éstas le habían dirigido su vida haciéndola más segura, más predecible. Al fin y al cabo, ¿quién era él para rebelarse contra la naturaleza? Cada estación venía marcada por lo que tocaba, así se había hecho siempre, y por algo era.

Su nieto se mecía en un columpio hacía delante y atrás, siempre siguiendo la misma trayectoria, con un movimiento cadencioso de pies cuando se mecía hacia el cielo y seguidamente replegándolos en el sentido contrario a la marcha.

¿Pues qué era la vida, sino eso?, adaptar el cuerpo a los vaivenes, y bailar al son que te marcan las circunstancias.

Diminutas gotitas de sudor le brotaban de su frente, y recordaba que ya era la época de sembrar el huerto, lo tenía que haber removido hacía un par de meses y estercolar durante el invierno.

Con la hacendera de abril, habrían limpiado las caceras y él tendría que haber podado los frutales.

Pero aquí, en Madrid, más allá de encender la calefacción en invierno y el ventilador en verano, no tenía otras tareas que marcaran las estaciones. Salir diariamente a por pan, no llegaba a suplir tan siquiera el rato que dedicaba a recoger los huevos de sus gallinas castellanas.

Le encantaría meter los pies en el río Aguilón y sentir los cantos redondos del fondo, oler el aroma a cieno, y con suerte ver alguna trucha, que asustadiza, se escondería en la obscuridad de las rocas.

Su hija se empeñó en llevárselo a Madrid, decía que le podría ayudar con el nieto y que no le convenía estar solo en el pueblo.

—Hija, yo en el pueblo nunca estoy solo, los vecinos siempre están pendientes de mi y luego echo la partida en el bar, las tardes de verano con la fresca, caminamos hasta el Monasterio y charlamos de nuestras cosas.

—¡Vamos papá, no puedes estar en Rascafría solo! ¡como si no tuvieras familia!, mira que si tienes alguna urgencia, no te podemos atender.

<Prueba este año a ver cómo te sientes en la ciudad.

Pero ya habían pasado dos años enteros, que más bien parecían un siglo, sin su colchón de lana, sin encender la chimenea y sin ver las retamas.

Es cierto que el niño le colmaba de amor, y que a él no le faltaban comodidades, pero le gustaría mostrar a Daniel los renacuajos, darle a oler un tomate de la mata y caminar

cogiendo su pequeña mano por el Camino del Artiñuelo rememorando cada palabra de su abuela...

La abuela no pudo conocer al nieto. Murió apenas unos días antes de que naciera Daniel. Se llevó con ella todos los secretos de las plantas silvestres, todas las canciones que tarareaba confiando en que le acunaría sobre su lánguido pecho, y lo peor de todo, dejando sus cansadas manos anhelando acariciar al bebé y sin poder defenderse del último zarpazo de la vida.

Pero el niño notó la presencia de la abuela desde que vio la luz. Rápidamente le calzaron unos patucos tejidos por sus huesudas manos, eran de la lana del lomo de las ovejas merinas del Paular, y le protegieron la cabeza con un gorrito de las hebras más finas elegidas del vellón que remató con una cinta de raso amarilla y un poderoso botiquín de ungüentos naturales hechos por ella.

Las Infusiones de manzanilla e hinojo silvestre recogidos en las praderas, por encima del pueblo, le habían calmado los cólicos.

La lavanda del monasterio del Paular le sirvió para conciliar el sueño.

La pomada de árnica para sus primeros golpes contra los picos de las mesa. Caléndula para las irritaciones de la piel, además de un sinfín de infusiones de tomillos diferentes para los resfriados y cantidades ingentes de alcohol de romero y aceite de hipérico que decía, “servían para too”

Daniel no había probado ningún medicamento hasta el día de hoy.

El niño se bajó del columpio de un salto.

—¿Qué pasa abuelo?

—Nada, —hijo—, buscaba una piedra para enseñarte a hacer la rana en esa fuente.

—Aquí no hay piedras, ¿no ves que el suelo está preparado para que no nos clavemos nada.

—Pues eso, —hijo—, que no haya piedras no es normal, que aquí no te puedo enseñar a hacer la rana, ni los renacuajos, ni como ladra el corzo, que la vida es tropezar con las

pedras, y a veces hasta con la misma varias veces, pero estos parques no os preparan para la vida real.

Si la abuela viviera, diría que te tienes que caer para poderte levantar, por eso preparaba tantos ungüentos para golpes.

—¿Es que la abuela era una bruja?

—Hijo...la abuela era sabia. Pero yo si que soy un mago.

—¿Tú, un mago? Ja, ja, ja

—Sí, y te lo puedo demostrar esta misma tarde ¿te gustaría ver la nieve, aunque sea de lejos, o ver cómo bota una piedra en el agua?

—Pero ahora no hay nieve, y las piedras se hunden en el agua

—¡Anda!, ¡ven!, te enseñaré un lugar donde los sueños son realidad, y no te preocupes si además me ves rejuvenecer como por arte de magia.

Se fueron caminando hasta la calle Alenza, se metieron en los hangares de la Continental Auto y pidieron dos billetes para Rascafría

—¿Sabes?, a veces las rutinas hay que romperlas.

—¿Y mamá? se va a enfadar cuando no nos vea en casa.

—Bueno, ya quedaremos con ella en el Puente del Perdón.

Seguro que desde lo alto, más arriba incluso de Peñalara, la abuela se estaba riendo.